

## EL GONGORISMO EN AMÉRICA

### De cómo Góngora pudo venir a América

Como tantos otros poetas y dramaturgos españoles que alcanzaron a ver realizado el deseo (1), es probable que don Luis de Góngora haya pensado en cruzar el Océano.

El año 1606 empezó a correr por Madrid la noticia de que el Marqués de Ayamonte iba a ser enviado como virrey a Nueva España, en reemplazo del Marqués de Montesclaros, que pasaba a ser virrey del Perú. Góngora era amigo de los Marqueses de Ayamonte y se apresuró a escribir una *Canción (De los Marqueses de Ayamonte, cuando se entendió pasaran a Nueva España)*.

Verde el cabello undoso,  
y de la barba al pie escamas vestido,  
aliento sonoro,  
daba Tritón a un caracol torcido..... (Poesías, 10)

Compuso, además, dos sonetos de ocasión: uno, *A la embarcación en que se entendió que pasarían a Nueva España los Marqueses de Ayamonte* (soneto 68); otro, *Al Marqués de Ayamonte partiendo de su casa para Madrid* (soneto 69).

Sin embargo, sabe poco después el poeta que la Marquesa se opone al viaje, prefiriendo mejor contemplar el mar desde las murallas de Ayamonte, a llevar sobre él a América «la gloria de los Zúñiga de España». Góngora escribe entonces un soneto *Al Marqués de Ayamonte determinado a no ir a México*.

Volvió al mar Alción, volvió a las redes  
de cáñamo, excusando las de hierro;  
con su barquilla redimió el destierro,  
que era desvío y parecía mercedes..... (Soneto 71)

¿Asoma aquí cierta melancolía de desengañado? (2).

Lo cierto es que el entusiasmo decrece, y ese disminuir de la calidad poética—comparado con la magnífica *Canción* y el primer soneto—nos ayudan también a suponer que Góngora tenía por lo menos deseos de pasar a Nueva España.

El Marqués de Ayamonte muere a fines de 1607, desapareciendo con él (si es que realmente las tuvo) las últimas esperanzas de Góngora de realizar el viaje (3).

*Emilia Carilla.*

(De la obra «El gongorismo en América», 1946).

(1) Balbuena, Ercilla, Ojeda, Tirso de Molina, Mateo Alemán, Fernán González de Eslava, Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva, Eugenio de Zalazar, Diego Mexía, El Príncipe de Esquilache, Carvajal y Robles, etc.

(2) Véase Miguel Artigas, *Don Luis de Góngora y Argote*, pág. 99; Aurelio Miró Quesada Sosa, *Góngora encuentra al Inca Garcilaso*, en la revista 3 de Lima, 1939, n.º 2, pág. 7-12.

(3) De su amistad con los Marqueses de Ayamonte.

## Sonetos de Nochebuena

---

Es Nochebuena y el cielo nos envía  
sus ángeles nimbados de rocío.  
Tocan maitines en la lejanía,  
y hay nieve en la sierra y en mi alma frío.

¡Noche de égoglas, cantos y alegría!  
¡Noche sin lumbre de mi hogar vacío!  
¡Cuán te amarga la inmensa pena mía,  
y te llenan las sombras y el desvío!

Sombras queridas que venís a verme  
en esta noche del Amor Eterno:  
os siento á mi alrededor. ¡Cuánta añoranza!

Y digo quedo, mientras todo duerme,  
como el Dante en la puerta del infierno:  
«Para siempre dejar, toda esperanza».

1944.

---

Es Nochebuena y el cielo me ha traído  
la dulce compañera que anhelaba.  
Arde la lumbre en mi hogar querido;  
nieva en la sierra como ayer nevaba,

y siento en vez de sombras y de olvido,  
ese fulgor divino que irradiaba  
sobre las pajas de Belén dormido  
el Niño que de amor, mundos sembraba.

Llegó mi Nochebuena. Dame un beso.  
Un rico pavo y mazapán espera  
sobre el blanco mantel, y cómo brilla

mi lámpara hogareña. ¡Qué embeleso!  
Porque nunca esa luz se apague y muera,  
brindemos con la copa de *montilla*.

¿Verdad mi compañera,  
que nadie el hado alcanza?  
¿Que nunca morir debe la esperanza,  
ni al umbral de ese averno torturante  
donde llegó Virgilio con el Dante?

1950.

*Vicente Orti Belmonte.*

## Canción bajo los Olivos de Córdoba

En óleo derramado,  
el airecillo suelto  
como un chivo retoza,  
¡Qué rezumar de cielo!

Los olivos perfilan  
en verde un grito eterno,  
con suavidad de cúpulas,  
¡Qué resonar de cielo!

Inmóviles caballos,  
si moviérais el cuello,  
con tantos cascabeles,  
¡Qué sonreír de cielo!

Troncos que os retorcéis,  
en un afán de vuelo,  
hacia el país sin sombras,  
¡Qué resplandor de cielo!

*R. Olivares Figueroa.*

(«Sueños de Arena», 1925-1926; y «Suma poética», 1942).